

Una Biografía Standard:

EL PULPERO.

No vino a descubrir América como Colón, vino a hacerla. A los dieciocho años abandonó su aldea de Liguria camino a la costa donde se enroló en el primer velero que venía a América. Desembarcó en el Callao sin más capital que una carta de recomendación para un compatriota Gottieri, que tenía un negocio en Lima.

Esta decisión audaz era fruto de largos años de meditación y no un "in promptu" de adolescente. Al cumplir los quince años se hizo el firme propósito de desuncirse del arado al cual habían estado uncidos sus padres, abuelos y tatarabuelos desde el comienzo del mundo. No quería continuar marchando tras los bueyes, ahora marchaba tras la fortuna.

Su vida en Lima fué la de muchos, primero empleado de la pulpería—tal era el negocio de Gottieri—luego jefe o encargado de una "sucursal" en la esquina de un barrio pobre, pero populoso, y por último dueño.

Antonio Marcheli sufrió mucho al principio, lo agarró la nostalgia. Añoraba el cielo azul de su aldea, no se resignaba al cielo de Lima que parece a duras penas llegar al tercer piso. Un cielo blanqui-plomizo, anémico, convaleciente. Un cielo que pone triste y da unas ganas inmensas de bos-

tezar. No se acostumbraba al idioma, muy fuerte, muy duro, cortaba el oído. Pero todo fué pasando y Antonio cada día se iba sintiendo más a gusto en Lima, en su tienda, en el mostrador.

Hubiera hecho más rápidos progresos porque era inteligente había heredado la inteligencia, instinto de sus antepasados campesinos, pero le faltaba instrucción y muchas veces tuvo que suplirla con ingeniosos recursos. Así por ejemplo, para poder llevar la contabilidad de su tienda mandó hacer dos cajones en el mostrador y como él conocía la ganancia "individual" en cada artículo que vendía depositaba el costo en un cajón y la "moderata utilidad" pulperil en el otro. De esta manera al cerrar la tienda, a las 11 de la noche, bastaba abrir el cajón de las utilidades para saber cuánta era la del día.

Más tarde, el progreso natural de las cosas trasformó la pulpería en "bodega", entonces tomó un contador que a la vez que le llevaba las cuentas lo iniciaba en la técnica de las facturas, los vales y pagarés.

El barrio murmuraba que don Antoñito era miserable como buen italiano, pero esto no era cierto. Antonio era económico más no por propia voluntad sino por costumbre, mejor dicho, era biológicamente económico. No pagaba casa porque vivía en la misma pulpería. Su monótona comida no le costaba debido a que en las mañanas hacía cocinar en salsa de hongos dos kilos de carne y sancochar fideos. Comía opíparamente los fideos y buenos trozos de carne en el almuerzo y el resto de la carne la vendía en butifarras con lo cual no sólo salían gratis los tallarines sino que aun quedaba utilidad. El vino con que rociaba estas comidas se lo obsequiaba un paisano de la Magdalena a quien él vendía sus "espumantes" en la pulpería. Don Antonio no gastaba tampoco en pan, comía el que sobraba de la venta del día anterior y esto no por miseria sino porque don Antuco estaba acostumbrado desde niño a comer pan frío, pan com-

prado por kilos en la feria dominguera por su madre y que duraba para toda la semana.

El pulpero se indignaba cuando los parroquianos de la trastienda, pierolistas e incondicionales del “puro de Ica” afirmaban que los italianos no se cambiaban camisa sino el “XX de Settembre”.

—Ma eso es una cochina mentira, respondía rápidamente, yo me cambio camisa cada quince días y qué quiere... si me demoro quince días para ensuciarla.

Esto sí era discutible, en el fondo los italianos han tenido siempre vocación por el fascismo.

Los criollos se admiraban de su capacidad para el trabajo. Todo el día estaba tras el mostrador. No se daban cuenta que esto ya no significaba trabajo para Antonio, era su segunda naturaleza, su distracción, su alegría.

El pulpero compensaba su falta de vida doméstica viéndose la de todo el barrio. Conocía todas las grandes y pequeñas tragedias que habían tras de las puertas de dos manzanas a la redonda. Estaba enterado de todo lo que sucedía, ya fuera por las cocineras que venían en la mañana a comprar fideos, harina, salsa de tomate, bacalao; por los mayordomos que hacían sus compras de pan y café molido al mediodía, o por los clientes de la trastienda, pequeña habitación contigua a la tienda y a la cual se entraba doblando una media puerta de doble gozne que lucía sobre vidrio blanco y en letras coloradas el ostentoso título de BAR.

De las seis de la tarde para adelante no faltaban nunca en las dos puertas de la “pulpaya”, una a cada calle, corrillos de jovencitos muy bien vestidos y afeitados, eternos enamorados esquineros, que atisbaban desde allí a las niñas del barrio. Estos jovencitos que se arreglaban el nudo de las corbatas en las lunas de las vidrieras y que compraban los cigarrillos “per medios” lo exasperaban, pero la mayoría de las veces lo entretenían.

—Don Antoñito ¿me quiere hacer un favor?

—No tengo plata.

—¡Ah gringo éste! no se trata de plata, sino de darle mañana este papelito a la sirvienta de las Mendiveri para que se la entregue a la niña.

—Ba, eso tiene un nombre muy feo, este correo sin estampillas es oficio bajo, pero en este caso no socorrido. No, No.

—Hágame el favor don Antuco, mire que hace quince días que no puedo hablar con ella. La vieja es una fiera.

—E, por lo mismo, si se entera que yo estoy en estos negocios sucios pierdo la clientela.

—No, don Antonio, no puede enterarse.

—E' bueno, déjelo allí, y si mañana me acuerdo....

El italiano se acordaba siempre y el papelito llegaba a su destino. Un cariñoso "buenas tardes" de la niña le pagaba con creces el favor.

Los años pasaron iguales como hileras de botellas vacías. Antonio se había hecho el firme propósito de llegar a tener mil soles por año de vida, pero se equivocó. Al llegar a los cuarenta tenía treinta mil soles en el Banco Italiano y su tienda valía otro tanto.

Pensó entonces que había llegado el momento de liquidar y emprender el viaje de regreso a la añorada aldea del cielo alto y azul. El traspaso fué fácil. El viaje de regreso qué diferente. En la primera de un gran transatlántico italiano. Comió platos que no había comido nunca antes y hasta se puso smoking para ir al comedor. ¡Y qué bien le quedaba el smoking! Parecía un caballero auténtico, sólo sus grandes manos de pulpero, desarrolladas en el ejercicio constante de hacer paquetes, le traicionaban.

Pero las hileras de botellas vacías no pasan en vano. Al llegar a su villorio natal se encontró extraño. De sus padres

sólo quedaban dos hermosas lápidas de mármol que se destacaban sobre todas las demás en el modesto cementerio— él había mandado desde América el dinero para esto. Los amigos de su adolescencia ya no lo eran ahora en su madurez. Muchas cosas y muchos años habían pasado sobre esa amistad. De otra parte, él había “crecido” en cultura, en visión del mundo, en dinero. Resultaba un ser exótico entre sus propios coetáneos. Habla su propio idioma con acento español. Pocos días le bastaron para descubrir esta gran verdad: se había vuelto peruano.

Al darse cuenta de ésto, abandonó de inmediato sus proyectos de comprarse una villa y casarse con una rubia compatriota, se regresó a Lima en el mismo barco que lo había traído.

De vuelta al Perú ya no quiso volver a ser pulpero, era un trabajo muy esclavo. Compró casas y callejones y habilitó a un paisano, que deseaba poner casa de préstamo, con diez mil soles.

Para un pulpero enriquecido y jubilado a temprana edad no le fué difícil conseguir novia. La familia de ella apuró inteligentemente las cosas, pues el “partido” no era de desperdiciar. Se trataba nada menos que de salir—gracias al palmito de la niña—de la estrechísima situación en que vivían desde la época de la guerra con Chile que cortó en San Juan la vida del padre de ella y que obligó a la viuda de García y a su hija Esther a vivir con los modestos cuarentiocho soles, mal pagados, del montepío, amén de costuras.

Y así se diluye en nuestra múltiple corriente racial la figura de Antonio Marcheli inmigrante, pulpero, rentista, pater-familias criollo.

JORGE PATRÓN Y.